

La fórmula del doble reflejo

Luis M. Antón Medina



Capítulo 1

“Si alguien te da miedo, le odias, pero no puedes dejar de pensar en él”. (“El señor de las moscas”, William Golding).

Luis Antón

Capítulo 2

Término del desastre

Pasó la hoja del libro cada vez más ausente, observando todas aquellas fórmulas matemáticas con la misma incompreensión con la que se trataba a sí mismo desde hacía ya unas largas semanas.

«Estás rarísimo, cariño. Que mal te está sentando la adolescencia, de verdad, ya no me cuentas nada», resonaban las palabras de su madre en su cabeza.

Marco suspiró, dirigiendo su inquieta mirada a la ventana, observando su propio rostro reflejado en el cristal. Dura fue la metáfora al comprobar que, como en su reflejo, se encontraba encerrado entre aquellas cuatro paredes de culpa en contraste con todo aquel patio de posibilidades que se extendía ante sus ojos. Hacía mucho tiempo que llevaba sintiéndose aprisionado, pero no fue hasta ese momento cuando entendió en realidad hasta qué punto había llegado a recluirse.

—Marco—siseó una chica justo detrás de él, al mismo tiempo que le asestaba una silenciosa patada contra el asiento para llamar su atención. Marco se giró sutilmente, dirigiendo una incrédula mirada a su amiga—, estás quedándote dormido.

Éste esbozó una media sonrisa, mientras se apartaba a un lado su larga melena castaña.

—Llevas unos días muy callado, que lo sepas—siguió cuchicheando ella, frunciendo el ceño—. Ultimamente ya ni hablas. ¿Qué te pasa?

—Estoy bien, de verdad—mintió él, por enésima vez.

Esther hizo una mueca de decepción y volvió a centrar su mirada en el libro.

Habían intentado tener esa conversación infinidad de veces y ambos sabían con total seguridad que no acabaría llevándoles a nada. Era curioso ver cómo apenas les separaba un metro y, sin embargo, parecían estar lejos “a kilómetros de distancia” desde hacía bastante. Ya no podían contarse secretos, los tiempos de confianzas y bromas habían pasado ya a un triste y segundo plano en sus vidas.

—Si crees que vamos a tragarnos eso, estás loco—sentenció con voz rígida y seca su compañero de mesa.

En un rápido movimiento, Marco se giró hacia él, sobresaltado. Jamás se andaba con rodeos. El reflejo de la luz de la ventana hacía que sus ojos se viesen brillantes, decididos. A él no podría acallarlo con la misma facilidad que a Esther.

—No me pasa nada—masculló Marco, colocándose de nuevo derecho en la silla, clavando su mirada en aquellas incomprensibles páginas del libro, evitando la juiciosa mirada de su amigo.

Cerró los ojos, deseando desaparecer.

— ¡¿Quieren guardar silencio de una vez?!—increpó la profesora, dirigiendo una mueca de desagrado hacia las primeras filas de la clase, poniendo los brazos en jarra, dramatizando casi de forma cómica su queja—. A veces me da la impresión de que aún creen que se encuentran en primaria.

Todo quedó en silencio.

Una absurda mezcla entre miedo y risa pareció cubrir la estancia, poniendo a todos los alumnos con el cuerpo en tensión, asustados, y al mismo tiempo intentando disimular sus ganas de reír.

Sólo en esta clase de momentos, aunque fuese por un breve instante, Marco se sentía como antes. Como siempre. Como desde hacía ya un largo tiempo no había vuelto a sentirse. Aunque fuese sólo una mera ilusión. En el fondo, nada había cambiado.

— ¿Alguien ha realizado el último problema que vimos en clase?—siguió insistiendo la mujer, ahora cruzándose de brazos cual sargento.

Comenzó a levantarse un pequeño murmullo.

— ¡Cállense de una vez!—gritó la profesora—. Está claro que pretenden quedarse sin recreo. Descuiden, no lo tendrán hasta que...

Uno de los chicos de la primera fila levantó la mano.

Marco aguantó la respiración. Sabía perfectamente quién era.

—Menos mal que le tenemos, Adrián—anunció la profesora, ahora mucho más jovial y sonriente—. Por favor, salga a la pizarra y muéstrenos cómo ha resuelto el ejercicio.

Adrián se levantó con lentitud y, al mismo tiempo, seguridad, dirigiéndose hacia la enorme pizarra que parecía coronar la clase como un retablo haría

con una iglesia.

Era alto a pesar de no haber cumplido aún los dieciséis, haciéndole parecer mucho más mayor a pesar de su rostro aún algo redondeado e infantil, apenas sin signos de barba. Casi sin poderlo evitar, Marco dirigió una breve mirada a sus labios, observando con deleite aquella sutil forma en la que se los mordía para disimular que, en realidad, no se encontraba tan seguro como pretendía hacer creer.

Como dentro de un tornado, Marco sentía aquella inexplicable atracción que le hacía elevarse, soñar, olvidarse de todo lo oscuro que estaba terminando por rodearle desde hacía tantos meses. Sin embargo, al mismo tiempo, toda aquella ensoñación parecía arrancar su piel a tiras. Ese inexplicable dolor que emanaba de sus entrañas y que, incentivado por su absurdo remordimiento, terminaba por hacer que le doliesen hasta la punta de los dedos.

Nunca nadie podría llegar a entender cómo algo que te hacía sentir bien, al mismo, podía también comenzar a destruirte por dentro de una forma absoluta y tan cruel.

Se obligó a apartar la mirada, centrándola en su cuaderno apenas escrito.

Podía sentir cómo temblaban aún sus rodillas ante la idea de que cualquiera de sus compañeros pudiese haber visto que lo estaba mirando de aquella forma. Como si, por alguna extraña razón, temiese que todos pudiesen adentrarse en sus pensamientos.

—Estás pálido, tío—le dijo Dani, preocupado.

—Si decide vomitarte encima, prometo invitarle al cine —remató Esther, riéndose.

Marco ni si quiera pudo esbozar una triste sonrisa. Apenas podía respirar.

—Eh, nenaza, ¿dónde te has dejado el bolsito, guapa?—se burló un chico del fondo.

Como en estado de shock, Marco dejó caer su estuche contra el suelo, abriendo los ojos de par en par, pensando que le habían descubierto. Empezaron a pitarle los oídos a causa de la fuerte presión.

— ¿Y hoy vas a jugar también con muñecas, preciosa?—incurrió otro chico.

Las mejillas de Marco terminaron por empalidecer, siendo incapaz de poder alzar la mirada más allá del libro. Todo su cuerpo había quedado completamente inmovilizado. Un conjunto de crueles risas terminó por

taladrar su oído, haciendo que se quedase sin respiración, deseando desaparecer como jamás había podido desearlo antes.

Cerró los ojos y apretó los dientes, suplicando que fuese una pesadilla.

— ¿Marco...?—se asustó Dani, acercándose un poco a él. Intercambió una mirada de soslayo con Esther, quien también tenía la tez teñida de extrañeza e incompreensión.

— ¡Basta ya!—vociferó la profesora, dirigiéndose hacia el fondo de la clase—. Si alguno de ustedes se vuelve a referir en ese tono a su compañero Adrián, será expulsado y apercibido de forma inmediata e irrevocable. ¿Queda claro, Alejandro y compañía?

Marco abrió los ojos de golpe, ignorando por completo las balbuceantes disculpas de aquellos problemáticos chicos, dirigiendo ahora toda su atención hacia Adrián.

El chico permanecía inmóvil junto a la pizarra, mirando hacia la ventana. Parecía ajeno y, al mismo tiempo, dolido. Su mandíbula se marcaba en los contornos de la cara, dejando al descubierto aquella incomodidad que tanto intentaba disimular.

De haber sido cualquier otra persona, quizá Marco hubiese sentido algún tipo de compasión por él. Pero no había lugar para ello en su nueva realidad. Estaba alegre. Se sentía cruel y feliz al ver que aquellas vejaciones no iban contra él. Tranquilo de que, al menos por un tiempo, podría seguir a salvo de toda aquella masa que terminaría por consumirlo hasta destrozarlo. De aquellas injustas situaciones que ya ni si quiera le permitían dormir por las noches.

Y, como leyendo sus pensamientos, Adrián le miró, clavando sus oscuros ojos sobre él. Tan oscuros, que ya acostumbraban a ver entre la neblina de fingimiento; tan oscuros, que ya no había secretos para él entre las sombras de la consciencia teñida de remordimientos.

Capítulo 3

Término de confusión

Apenas podían vislumbrarse las estrellas entre los árboles. El cielo nocturno e infinito parecía sobrecogerlos en su manto de sueños y esperanzas aquella noche, en el parque más alejado de la ciudad. Sin embargo, el conocido frío suscitaba la muerte de cualquier brote verde que evocase al más mínimo optimismo.

Los ojos de Marco parecían vacíos al contemplar aquel místico cuadro del firmamento. La resignación había terminado por cubrir sus ojos de profunda tristeza y desinterés en superficie.

Todo parecía irsele de las manos. Hacía meses que ya no se mostraba tan agresivo, pero no podía evitar sentirse culpable de sus propios sentimientos. A base de remordimientos, había conseguido acallar sus verdaderas emociones bajo aquel espeso abrigo de banalidad.

Suspiró, dibujando en el aire señas blancas de su cálido aliento en contraste con el gélido frío.

— ¿Te encuentras mejor?—murmuró la voz de Esther a su espalda.

Con un suave movimiento, Marco se giró para ofrecerle una media sonrisa.

—Ya casi se me ha pasado el mareo—anunció divertido, alzando su vaso vacío. Ella esbozó una mueca divertida al mismo tiempo que se acuclillaba a su lado, haciendo pequeños equilibrios para no volcar el suyo, aún lleno.

Girándose un poco más, Marco no pudo evitar dirigir una mirada hacia Dani, situado en medio de un gran grupo que parecían hablar animadamente, copa en mano.

No fue hasta ese momento cuando, en realidad, se dio cuenta que ni si quiera habían hablado en toda la noche. De hecho, llevaban bastante tiempo sin entablar una conversación de verdad, desde la última pelea que tuvieron.

Jamás volvería a ser él mismo, por mucho que lo intentase. Nunca recuperaría a Dani.

—Se le pasará—murmuró ella, como leyéndole el pensamiento—. ¿Sabes

qué deberías hacer?

Marco frunció el ceño, desconfiado.

— ¿Qué?

—Venir conmigo—anunció, tirándole del brazo para levantarlo—. Paula está aquí, ¿recuerdas, idiota? Me ha preguntado por ti todo el tiempo.

—Pero...

—No seas imbécil, ¡hazme caso!—insistió, decidida, arrastrándole de nuevo hacia la fiesta.

No había nada que hacer.

Llevaba meses hablándole de ella y él intentando fingir interés. Sabía que todos esperaban que en aquella fiesta pasase algo entre ellos. A su edad, era con toda probabilidad el único chico que aún no había tenido un mínimo acercamiento con chicas. Acabarían sospechando. Y eso era un riesgo demasiado alto como para correrlo.

Esbozando una sonrisa nerviosa, se plantó ante ella. No hacían falta presentaciones, ambos sabían con total exactitud quién era el otro desde hacía meses.

—Por fin te conozco—murmuró Paula, mordiéndose el labio con sutil picardía—. Que mono, ¿no?

—Sí, bueno—consiguió articular él, sintiéndose cada vez más estúpido.

—Bueno, chicos, yo me vuelvo con los demás, ¿vale?—les dijo Esther con una media sonrisa. Miró a su amiga de forma cómplice, antes de volver a dirigirse a Marco—. Y tú sé bueno, ¿eh?

Paula agarró sin previo aviso la mano de Marco, tirando de él.

—Lo seré—prometió, a media voz, mientras Esther se iba—. Nos vamos a dar una vuelta, ¿no? —propuso la chica, con una media sonrisa juguetona—. Me sienta tan mal estar metida en estas fiestas tan ruidosas...

—Claro—accedió Marco, con voz temblorosa—, vamos.

Nunca había sentido aquel nudo en el estómago. Por más que la miraba e intentase seguirle el juego, algo en su interior parecía revolverse contra sí

mismo, arrancándole cualquier atisbo de comodidad que pudiese existir entre ellos. El banco sobre el que estaba sentado cada vez parecía más rígido y frío, al igual que su conversación.

El sudor comenzó a descender por su sien.

La mano de Paula se posó en su muslo, causándole un leve sobresalto. Ésta se rio, divertida.

—Tranquilo, guapo—susurró ella, echándose hacia atrás algunos mechones claros, al mismo tiempo que esbozaba una sensual sonrisa—. Te veo demasiado tenso.

—No, yo estoy bien...—consiguió articular él, sin apenas alzar la voz.

Sin mediar palabra, Paula se inclinó sobre él, dándole un inesperado y pasional beso en los labios, haciendo que se le paralizase todo el cuerpo. Intentando dejarse llevar, Marco cerró los ojos con fuerza, queriendo alejar de su cabeza todos aquellos pensamientos confusos que solían bloquearle. Tenía que superarlo. Casi por sorpresa, Marco sintió las manos de la chica bajando por su pecho, sintiéndose cada vez más agobiado.

Sin embargo, cuando ella procuró seguir bajando, él la agarró de las muñecas, parándola en seco.

—No...—balbuceó él, levantándose del banco, con la frente bañada en sudor.

Paula lo miró furiosa. Enfadada, se levantó, colocándose justo en frente del chico, encarándole.

— ¡¿Se puede saber qué te pasa?!—vociferó ella, indignada.

Marco, ignorando las palabras de la chica, observó a su alrededor en busca de algún conocido. No obstante, no pudo evitar sentir alivio al comprobar que, por suerte, nadie había visto el fatal desenlace de su encuentro.

— ¡Tú!—chilló ella, reclamando su atención. El chico la miró, aún con las mejillas encendidas de puro agobio y la mirada asustada—. Sólo eres un niñoato...

—Tengo que irme, lo siento—masculló, retrocediendo unos pasos.

—Seguro que eres gay, ¡qué asco me das!—recriminó ella, con el orgullo herido—. No eres capaz ni de besar de verdad, nenaza.

Con el pulso disparado y cierta desorientación a causa de la presión, Marco comenzó a correr alejándose de Paula, de la fiesta, de su verdad. De todo.

Volvió a sentir fuego y escozor emanando de sus ojos, avisándole de las futuras lágrimas que amenazaban con salir, cautivas de su ego. El gélido cristal del autobús contra su mejilla le otorgaba un extraño contraste de sensaciones, una pelea sensitiva de lo más cotidiana y, al mismo tiempo, inusual en aquellos momentos, convirtiéndose en una irónica metáfora de todo aquel bucle de emociones y pensamientos que terminaban por darle vueltas en la cabeza.

El autobús paró, deteniéndose en una de las paradas.

Marco cerró los ojos, cada vez más enfadado por sus ganas de llorar, sintiéndose cada vez más impotente ante la situación.

— ¿Puedo sentarme a tu lado?

Los ojos de Marco se abrieron de golpe, incrédulos.

Adrián esbozó una media sonrisa, mostrándose afable. El contraste de luces le hacía tener la piel más clara, dándole un aspecto mucho más dulce y frágil. Poco tenía que ver aquel joven con el muchacho que asumió aquel día todas aquellas críticas en clase.

No respondió, Marco sólo se limitó a retirarse más hacia la ventana, haciendo ver que le dejaba espacio para sentarse.

Sin pensarlo dos veces, Adrián se sentó a su lado.

Había fantaseado tantas veces con aquella situación que ya ni si quiera estaba seguro de si había sido más veces durmiendo o soñando despierto. Pero aquello era muy diferente a lo imaginado. No era precisamente la escena que tanto había esperado.

—Llorar no sirve de nada—sentenció el chico, sacando sus auriculares del bolsillo.

Marco se giró a él frunciendo el ceño, extrañado, pero aún sin articular palabra. Con un leve movimiento de cabeza, Adrián le miró fijamente.

Nunca le había tenido tan cerca y jamás había sentido tal malestar como en aquel momento. Y, al mismo tiempo, aquel extraño hormigueo que

tanto parecía reconfortarle en el interior de la garganta.

Parpadeó varias veces, intentando disipar la disparidad de sensaciones.

—No sé cómo puedes sonreír después de todo lo que dicen de ti—masculló Marco, casi enfurecido—. Es imposible que estés feliz sabiendo que, vayas donde vayas, siempre querrán hundirte más en tu propia basura.

La sonrisa dulce de Adrián se borró de la misma forma en la que una fuerte ola destruye un pequeño castillo de arena en la orilla de la playa.

— ¿Eres feliz?—increpó él, sin alzar la voz—. ¿Se es más feliz huyendo? ¿Te has dado ya cuenta que no vas a poder cambiarlo? ¿Que los estás alejando a todos?

Con un movimiento brusco, Marco dirigió una mirada hacia la ventana, dispuesto a responderle de mala gana:

—Piérdete, imbécil—estalló—. No sé de qué demonios me estás hablando, pero tú y yo no tenemos nada que ver. No te confundas.

Adrián suspiró, sin decir nada más.

Sus miradas se encontraron en el reflejo del cristal. Y esta vez ninguno la apartó.

De nuevo, una sonrisa dulce brotó de los labios de Adrián, acercándole uno de sus auriculares a Marco. Éste se giró, aún con los ojos enrojecidos por las incipientes lágrimas.

—Claro que me duele que me insulten—dijo él, en un tono muy seguro—. Pero no me arrepiento de haberlo contado. Hacen que me sienta mal durante alguna clase, pero es sólo algo pasajero y estúpido. Antes, el año pasado, había días en los que no podía dormir. Ya sabes, dándole vueltas a la cabeza, llorando, me sentía enfadado con el mundo pero, sobre todo, conmigo mismo. Prefiero ignorar a un par de idiotas durante una hora a tener que ignorarme a mí mismo las veinticuatro, ¿no crees?

No respondió. Todas sus defensas habían caído. Ya no tenía más fuerzas para continuar negándose a sí mismo, al menos, el resto del día. De improviso, Adrián colocó uno de sus auriculares en la oreja de Marco. El contacto de aquella piel contra su oreja consiguió arrancarle una media sonrisa. Ni si quiera fue consciente de que estaba sonriendo. Por primera vez desde hacía mucho tiempo, no había podido reprimir sus ganas de sonreír.

— ¿Sabes qué hago yo cuando quiero huir un rato de los idiotas y del mundo?—confesó Adrián muy entusiasmado, conectando los auriculares a

su móvil—. Escucho cualquier canción de este grupo... ¡Ya verás, en serio! Son alucinantes.

Adrián esbozó una adorable sonrisa al mismo tiempo que se colocaba el auricular. Con total seguridad, Marco estaba convencido de que debía ser la sonrisa más sincera y bonita que jamás le habían dedicado.

Entonces, sonrió. Inconsciente, libre, ilusionado: sonrió.

Y todo pareció colocarse en su sitio.

Por fin las cosas parecían encajar como en un rompecabezas. El huracán de contrastes y disparidades que había terminado por destruirle, al mismo, había conseguido recomponerle de la forma más inesperada.

Por primera vez desde hacía meses, intercambiando aquellas sonrisas, se sintió realmente feliz. Completo.

Sus dedos entraron en contacto casi por impulso mientras cogían el móvil, alzándolo un poco para que el cable de los auriculares pudiese llegar a ambos sin dificultad. Ambos se inclinaron el uno al otro con sutileza, compartiendo palabras que jamás dirían en voz alta, pero que gritarían siempre desde el alma.

Capítulo 4

Término de futuro

La luz clara de la primavera limpiaba en silencio sus mejillas de los rastros que una vez fueron lágrimas invernales. Los suaves rayos de luz acariciaban su piel con templanza, haciendo derretir poco a poco sus cadenas hechas de miedo, lavando sus hombros de la injusta culpa que nublaba su mirada.

Era pasión, era ilusión y era miedo lo que latía en su pecho desde hacía algún tiempo, cuando ya los días no eran tan duros y las noches no resultaban tan largas, bañadas en remordimientos. Sin someterse a sí mismo, pero sin liberar el estallido que contenía en el fondo de la garganta.

— ¡Eh!—sonó la voz de Adrián desde la distancia.

Marco se giró, aún apoyado contra el muro que precintaba el instituto, viendo cómo se acercaba, sorteando algunos pequeños arbustos, pero sin perder ni un ápice su eterna sonrisa. Aunque ese día era algo más débil.

Adrián se apoyó al lado de Marco, mirándole fijamente.

—Hombre, por fin te veo—se alegró Marco, con los ojos brillantes.

Sin decir nada más, el chico se acercó algo más a Marco, mostrándose mucho más afable e ilusionado. Con un sutil movimiento, Adrián se inclinó con ligereza hacia él, haciendo el tímido amago de agarrar una de sus manos justo antes de intentar besarle a modo de saludo.

Asustado ante la sorpresa, Marco se echó atrás. El movimiento de Adrián se paró en seco, borrándole la sonrisa de los labios, obligándose a poner de nuevo su cuerpo erguido. Mientras, los ojos de Marco lanzaron una mirada de alarma a su alrededor, cuidando de que nadie hubiese podido ver aquel rastro de beso fallido.

— ¿Hasta cuándo seguirás jugando conmigo?—gruñó Adrián.

— ¿Jugar? Tío, yo no...

Entonces fue Adrián quien desanduvo un par de pasos.

—Sólo me haces daño.

Algo frío pareció recorrer la espalda de Marco, metiéndose en su boca, congelando su garganta. Todo él había quedado de nuevo petrificado por

el miedo más irracional. Sin poder articular palabra, los ojos de Marco se clavaron en el suelo, mostrando su tez más sombría de lo habitual.

—Llevamos meses así—le recriminó Adrián—. No puedes tratarnos como si fuésemos criminales. Que lo hagan los demás, duele; pero que lo haga tu novio...

— ¡Calla!—pidió Marco, llevándose las manos a los oídos. Le resultaba tan extraño escuchar aquella palabra que casi le taladraba los oídos—. Esto no es fácil para mí.

Sin previo aviso, Adrián agarró su muñeca. Pero esta vez Marco no se resistió lo más mínimo. Hacía bastante tiempo que ambos no tenían un cruce de miradas tan intenso.

—Si me quieres—pidió Adrián, apretando su muñeca para enfatizar más sus palabras—, demuéstremelo. Si de verdad sientes algo por mí, haz que lo vea.

—Estoy cambiando—se defendió Marco, apenas con un balbuceo—. Sabes que...

Su voz se rompió en silencio. Ni si quiera podía asumir aún decirle «te quiero» al chico con el que llevaba viéndose tanto tiempo. Después de todos aquellos besos, tras los más largos e infinitos abrazos, aún podía notar sus antiguas cadenas quebrándole la garganta. Cerró los ojos y apretó los labios con ansiedad, deseando que aquello no fuese más que otra de sus pesadillas. La furia que teñía la mirada de Adrián se disipó nada más verlo así. Sabía a la perfección lo que significaba aquella mueca de tensión. Sufría.

Los dedos de Adrián resbalaron por la mano de Marco, liberando su muñeca en el más profundo de los silencios.

—Lo intento—volvió a decir Marco, aún sin abrir los ojos, mostrando por primera vez todo aquel sufrimiento en sus facciones. Como si le costase articular sus propias palabras—. Sabes que...

—Eres un imbécil—dijo en un tono jocoso, aunque esbozando una triste sonrisa.

Lo acogió entre sus brazos sin previo aviso. Marco abrió los ojos con sorpresa pero, esta vez, sin atisbo de rechazo. Cuerpos unidos en la más mínima expresión de tiempo y sin consciencia del mismo. Su fuego y seguridad lo completaban más allá del beso y asalto, allí donde nadie nunca había llegado. Sin embargo, la gélida bruma tejida triste e insegura

impedía penetrar en su piel cualquier rastro de calidez.

Por un instante, sólo por un instante, Marco se sintió abstraído en cuerpo y esencia, olvidándose del mundo, sin escuchar el piar de los propios pájaros o sentir las caricias más sinceras del sol. En aquel momento sólo estaban ellos dos.

—Marco... ¿Adrián?

La voz de Esther cortó la calma con su fina hoja de duda e incredulidad.

Asustados, los chicos se separaron con el semblante pálido.

Cuando los llorosos ojos de Marco se encontraron con la tenaz mirada de su amiga, ni si quiera pudo sostenerle la mirada. Deseando desaparecer como lo haría una cortina de humo, clavó su huidiza mirada en el suelo, arrepintiéndose de aquel abrazo hasta el último momento, deseando borrar de su mente toda aquella prohibida tarde que jamás debió haber existido.

Ahora tenía su merecido.

— ¿Qué...?—las palabras de Esther, inconclusas y tan liadas que apenas conseguía articularlas, terminaban quebrando en el más doloroso silencio de duda.

Adrián miró a Marco de refilón. Con los ojos llorosos y sintiéndose cada vez más diminuto, consiguió hacer que él mismo acabase arrepintiéndose también de lo acontecido hacía sólo unos segundos. Frunció el ceño y apretó los puños con rabia, decidido. Podría hablar. Podría contarle todo para que los dejaran en paz y así demostrarle que no ocurriría nada. Pero no podía.

Dejó caer de nuevo sus manos con resignación.

El egoísmo hacía mucho que ya no tenía cavidad en sí mismo desde que él estaba a su lado. Renunciando con dolor a su única posibilidad de alivio, Adrián encaró con la mirada a Esther, dispuesto a hacer lo que más odiaba por la persona que más quería.

—Me está apoyando—mintió Adrián, con voz ronca por la vergüenza de volver a sucumbir a tan bajas artes—. Le conté lo mal que lo estoy pasando. Sólo estaba escuchándome.

Capítulo 5

Término de reflexión

Las gotas de agua perfilaban su cara como el miedo lo había hecho con su propia razón y lucha más intensa. La humedad de sus lágrimas aún sin verter pareció expandirse más allá de su mirada enrojecida, empañando el espejo del cuarto de baño, ocultando de nuevo su reflejo entre sutiles brumas de embustes.

Con la mano temblorosa y desnuda, descubrió su imagen. La cortante frialdad del cristal atravesó la palma de su mano con cruel y dañina lentitud. Frente a frente volvía a tenerse, esta vez para sincerarse. Por primera vez, para afrontar de verdad su propia culpa. La niebla abrazó su cuerpo con sus espesas garras de miedo e inseguridad, desdibujando su silueta al olvido más cobarde.

De nuevo, contempló su reflejo cubierto a medias por vapor. Mitad clara y evidente, siendo la otra parte más opaca y difusa de lo acostumbrado. Era curiosa la seguridad que le ofrecía la parte más borrosa: sus ojos, tan agudos como un puñal, eran más soportables de esa forma. Y también las miradas ajenas. Nadie podría hacerle daño cubierto con aquella fina capa de aprendida mendacidad.

«Sólo me haces daño». Las palabras de Adrián resonaron con fuerza en su cabeza.

Al igual que sus lágrimas no vertidas, una gota de agua atravesó su mejilla y cayó hasta precipitarse por su barbilla, limpiando sus labios de mentiras, dejando, por fin, un incipiente brillo de la franqueza más enamorada.

Con decisión y una media sonrisa de dolido triunfo, avanzó sus manos hacia el cristal, arañando la capa de vapor que empañaba el espejo, liberando al fin su reflejo. Dejando aflorar por fin entre sus manos aquella identidad que debió dejar libre hacía ya bastante tiempo.

Se acabaron los bailes de máscara y ritmos caóticos. Al fin había llegado el remanso de poder que tanto ansiaba: era el momento de volver a recuperar las riendas de su vida. Pero esta vez para no soltarlas jamás.

Aún con el torso desnudo tras la ducha, buscó a tientas su móvil sobre el lavabo, llevándose lo contra la oreja tras marcar un número que conocía tan bien que no necesitó buscarlo en la agenda de contactos.

Silencio.

Un silencio cargado del orgullo más sentido y firme que jamás se hubiese visto. Silencio de calma para dejar sonar las palabras más sinceras y arrolladoras desde lo más profundo de su garganta.

Era el momento de cambios. Por fin era el momento de la verdad.

—¿Esther? Tengo que contarte algo.

Capítulo 6

Término de valentía

El sonido de su corazón bien podría haberse confundido con un alocado baile de primavera. Ruidos dispersos y cercanos acudían a su mente de la forma más etérea e insignificante, haciendo aún más evidente su estado de nervios. Sin duda, el tiempo de aquella espera comenzaba a correr de una forma muy diferente a la habitual. Incluso él mismo se sentía distinto aquella mañana. O quizá, en realidad, fuese así como debió haberse sentido hace ya mucho tiempo.

Resultaba muy duro pensar que, durante los pasados meses, la persona que más se había hecho daño había sido él mismo y no el resto, como siempre había temido.

El sonido del timbre lo despertó con crueldad de sus reflexiones, obligándole a tener de nuevo consciencia de que debía abrir cuanto antes la puerta de casa. Era hora de cambios, por fin soplaba la brisa de las decisiones.

Avanzando con torpeza hacia la puerta, la abrió sin pensárselo dos veces, arrojando la claridad que ofrecía el rellano contra su cara. Pero ya no le asustaba ver las cosas con tal nitidez, había terminado acostumbrándose a la luz sin apenas proponérselo. Como en un cuadro, la conocida silueta de Adrián se recortaba en contraste y color bajo aquel lienzo de esperanza.

—Llegas diez minutos tarde, ¿eres realmente consciente?—lo saludó Marco con una sonrisa burlona.

—Me encontré con Esther y Dani justo abajo. Estuvieron preguntándome cómo había ido todo con tus...

La mano de Marco le tapó la boca acallándole por completo, enfatizándolo teatralmente poniéndose un dedo sobre los labios.

—Están en el salón—le riñó Marco, fulminándole con la mirada—, así que no se te ocurra decir nada indebido hasta que hable yo. Intenta comportarte.

—Cuando te pones tan cariñoso eres absolutamente irresistible—ironizó Adrián, haciendo una mueca de desagrado.

—Lo sé—canturreó Marco con una media sonrisa, al mismo tiempo que

agarraba a Adrián por la muñeca.

—¿Estás seguro de esto?

—Tan seguro como que hoy no iré a entrenar—aseguró Marco.

Una mirada cómplice tiñó aquel tenso momento con el amor que se profesaban.

—En fin, algún día tendrán que saber que soy... —susurró Marco, medio riéndose.

—Marco. Eres Marco. Y nada más que eso—le cortó con dulzura Adrián—. Y quien no sea capaz de verlo, no merece la pena lo más mínimo.

Sin pensárselo dos veces, Adrián le besó fugazmente, sellando aquel reto para ambos de la forma más dulce posible. Sus manos se entrelazaron con fuerza, tal y como habían estado desde el principio aunque ninguno de ellos se diese cuenta.

Juntos, se plantaron frente a la entrada del salón. Marco no pudo evitar sentir temblar su mano bajo la extrañada mirada de sus padres, pero no la separó ni un milímetro. Sabía dónde debía estar y con quién, el miedo había dejado de teñir sus movimientos. Adrián, en un sepulcral silencio, centró su mirada en el suelo y tomó aire, agarrando con firmeza la mano de su acompañante. Piel que no entendía de distancia entre mismos corazones.

Compenetrados, ambos tomaron aire a la vez.

—Mamá, papá—les anunció Marco, cada vez con la voz más temblorosa. Había ensayado mil veces aquella frase hasta tal punto que había soñado noche tras noche con ese momento tan ansiado de liberación. Por fin había llegado el momento de decir aquella palabra que tanto le había costado asimilar—, os presento a Adrián, mi novio.